

# Estados Unidos y China: la disputa del siglo XXI. ¿Es solo poder?

*The United States and China: the dispute of the Twenty-First Century.  
Is it just power?*

**Resumo:** A disputa hegemônica entre EUA e China, evento contemporâneo fulcral, nos infere a refletir sobre o futuro do ordenamento global. Tradicionais recursos de poder (político, econômico e militar), inexoravelmente, se farão presentes. Nesse contexto, variáveis específicas exercerão influência sobre o processo, com destaque para a liderança no segmento científico-tecnológico, a balança do poder militar, as políticas de alianças e a os fatores ideacionais centrais que caracterizam as diferentes visões de mundo. À medida que a aludida disputa ganha impulso, cresce em importância a leitura apurada dos eventos de natureza conjuntural e suas conexões com questões estruturais marcantes das relações internacionais. As análises decorrentes darão suporte ao inevitável reordenamento das estratégias nacionais. Este artigo objetiva descortinar as variáveis supracitadas, relacionando-as em causa e efeito ao dominante pensamento estratégico ocidentocêntrico. A conclusão busca retratar alguns desafios relacionados à eventual construção de um novo ordenamento global.

**Palabras clave:** disputa hegemônica; orden mundial; estrategia nacional.

**Abstract:** The hegemonic dispute between the US and China, a key contemporary event, leads us to reflect on the future of the global order. Traditional resources of power (political, economic and military), inexorably, will be present. In this context, specific variables will influence the process, with emphasis on leadership in the scientific-technological segment, the balance of military power, alliance policies and the central ideational factors that characterize the different worldviews. As the aforementioned dispute gains momentum, the accurate reading of events of a cyclical nature and their connections with outstanding structural issues in international relations grows in importance. The resulting analyzes will support the inevitable reordering of national strategies. This article aims to unveil the aforementioned variables, relating them in cause and effect to the dominant Western-centric strategic thinking. The conclusion seeks to portray some challenges related to the eventual construction of a new global order.

**Keywords:** hegemonic dispute; global order; national strategy.

**Guilherme Otávio**

**Godinho de Carvalho** 

Exército Brasileiro. Centro de Estudos  
Estratégicos do Exército (CEEEEx)  
Universidade de Brasília (UnB)  
Brasília, DF, Brasil  
guilhermeart90@gmail.com

**Recebido: 11 jul. 2021**

**Aprobado: 10 ene. 2023**

**COLEÇÃO MEIRA MATTOS**

**ISSN on-line 2316-4891 / ISSN print 2316-4833**

<http://ebrevistas.eb.mil.br/index.php/RMM/index>



Creative Commons  
Attribution Licence

## 1 INTRODUCCIÓN

El orden internacional liberal heredado de la Segunda Guerra Mundial (WWII), ratificado parcialmente en el período posterior a la Guerra Fría, ha sido puesto a prueba. Hace algunos años, en diversos grados, se sugirió el curso de un proceso de cambio de poder de Occidente a Oriente. El alegato de la ocurrencia de una supuesta transición hegemónica (ahora en curso) de los Estados Unidos de América (EE. UU.) a China, acompañada de la emergencia de otros polos de poder, esencialmente regionales, enmarca la idea (CARVALHO, 2022, p. 94). Tal cuadro puede caracterizarse por el surgimiento de un orden internacional multipolar, donde dos potencias buscan la condición hegemónica y otros estados (o bloques) intentan jugar papeles relevantes en el proceso de conformación de un nuevo orden global.

Las teorías tradicionales de las Relaciones Internacionales (RI) han identificado desde hace mucho tiempo la importancia de los períodos de transición entre hegemonías, enfatizando la relevancia de los actores y las dinámicas revisionistas involucradas en la disputa, así como los eventuales impactos erosivos sobre la estabilidad del sistema internacional. El *mainstream* de analistas, incluidos los estadounidenses, considera que China es el único rival geopolítico verdaderamente capaz de amenazar la posición de EE. UU. en la cima del orden mundial. Desde esta perspectiva, los estrategas han trabajado para asesorar a los agentes involucrados en los procesos de toma de decisiones del más alto nivel en sus países, buscando las mejores soluciones para la plétora de cuestiones instigadoras que ahora se evidencian.

Allison (2020) argumenta que el ascenso fulminante de China provoca un cambio sísmico en el equilibrio de poder global. Desde el repertorio de desafíos a la hegemonía estadounidense, que va desde un fuerte ascenso económico hasta un creciente empoderamiento en el campo militar, China presenta algo nuevo a su principal rival: ventaja competitiva en nichos destacados en el campo científico-tecnológico. Desde principios del siglo XX, Estados Unidos ha liderado todas las revoluciones tecnológicas, presentándose como el inductor de los procesos de transformación vinculados a ellas. Actualmente, al posicionarse como un competidor que domina una porción de segmentos relevantes en el ámbito tecnológico, China demuestra su voluntad de librar duras batallas por el liderazgo en el sector. Entre los segmentos directamente impactados, se destaca el de defensa.

Aprovechando un importante potencial económico, China emplea parte de sus cuantiosos ahorros internos en diversas partes del mundo. Las inversiones en infraestructura que faciliten el acceso a los recursos naturales y/o favorezcan el establecimiento de corredores logísticos estratégicos, asociadas al otorgamiento de préstamos financieros en condiciones muy “especiales”, forman parte de la lista de opciones del país. De este marco emerge una intrincada red de naciones que conforman el repertorio de la política exterior china, parte de la cual se enfoca en el compromiso económico y financiero de naciones y corporaciones. Blackwill y Harris (2016), al explorar el concepto de *geoeconomía*<sup>1</sup>, defienden la idea del protagonismo chino en este seg-

---

1 El uso de instrumentos económicos para promover y defender los intereses nacionales y producir resultados geopolíticos favorables, considerando los efectos de las acciones económicas de otras naciones en los objetivos geopolíticos de un país (nuestra traducción) (BLACKWILL; HARRIS, 2016, p. 20).

mento, “considerando a China como el mejor lente disponible para entender cómo operan las herramientas geoeconómicas en la práctica” (BLACKWILL; HARRIS, 2016, pág. 93).

A diferencia de otras potencias, China no goza de garantías de seguridad consolidadas. La baja institucionalidad de la arquitectura de defensa en su entorno estratégico lleva al país a buscar la máxima autonomía de su poder militar. Las fuertes inversiones en la obtención de capacidades para el Ejército Popular de Liberación (EPL) externalizan uno de los componentes centrales de la gran estrategia de China, lo que indica la intención de los enunciadores de la política del país en establecer una estructura militar que garantice sus intereses económicos y estratégicos. Tal situación podría llevarnos a inferir un aumento de las fricciones con otros actores globales.

En este contexto, en el juego de las grandes potencias, la ampliación de áreas de influencia y la recomposición de sociedades y alianzas estratégicas suelen tipificar las dinámicas geopolíticas y geoestratégicas contemporáneas. Del conjunto de variables incidentes, es indiscutible que el poder duro seguirá ocupando un lugar destacado. A los fundamentos materiales (militares y económicos) vinculados a él se asocia a una creciente asertividad diplomática, orientada a la defensa de los intereses nacionales y la comunicación de valores inmateriales. Diferentes perspectivas, cosmovisiones y autopercepciones nos llevan a reflexionar sobre cómo y en qué medida las variables mencionadas serán consideradas en las fluidas dinámicas de la política internacional (CARVALHO, 2022).

Los sucesivos debates teóricos que enmarcan el campo de estudio de las RI se anclan en reflexiones filosóficas y epistemológicas, influenciadas por distintas formas de ver el mundo. Las lentes focales y monocromáticas han sido sustituidas por otras que permiten una lectura más amplia y plural de los fenómenos internacionales, generando nuevas estrategias de captación e interpretación de la realidad. La representación clásica de un mundo marcado por la competencia y la imposición de la fuerza sería reemplazada cada vez más por la de un orden global caracterizado por complementariedades e interdependencias.

A raíz de los llamados “giros”, el surgimiento de actores “subalternos” y “periféricos” refuerza un discurso que cuestiona el predominio del poder duro, compartiendo conceptos menos competitivos y más inclusivos. Una posible síntesis que traduce la esencia de este movimiento en el campo de las RI sería algo así como “el mundo actual pide cosas diferentes”. Sin embargo, la aceleración y profundización de un eventual proceso de transición hegemónica, en la línea de las clásicas disputas geopolíticas, parecen desafiar las propuestas analíticas ya mencionadas.

Así, al agregar complejidad a la competencia internacional ahora existente, la combinación de factores materiales e ideacionales nos permite formular la siguiente pregunta: **¿serían los tradicionales conceptos, referencias y perspectivas occidentalcentricas, en particular aquellos que superlaban la centralidad de la distribución del poder en el sistema internacional suficientes para entender el surgimiento de la competencia chino-estadounidense por la hegemonía global? De todos modos, ¿es solo poder?**

Tratando de responder a la pregunta y estimular algunas reflexiones, este artículo discute las capacidades de China y EE. UU. para transformar sus recursos de poder en poder real, destacando la relevancia de las variables científico-tecnológica y militar en el proceso. Destaca el significado y el peso de las ideas en la competencia, como la traducción (comunicada) de valores, interpretaciones del mundo y autopercepciones. Conceptualmente, explora algunas

limitaciones de la llamada visión occidentalcentrada, con la intención de arrojar luz sobre algunas características del actual proceso de transformación del orden mundial. Para ello, el trabajo se divide en tres apartados, además de esta introducción y de una conclusión.

La primera sección aborda la competencia establecida en el campo de la ciencia y la tecnología (CyT) y su proximidad a las cuestiones de defensa, especialmente en términos de obtención de capacidades militares que suman tecnologías capaces de impactar en la distribución del poder global. En el segundo apartado, se trazan consideraciones sobre el valor y peso de las “visiones de mundo” en la composición de la matriz de variables que permea el juego de las grandes potencias. La tercera sección reflexiona sobre la efectividad y la resiliencia de la visión occidentalcentrada tradicional para comprender las dinámicas contemporáneas, abordando superficialmente cómo el proceso de definición de la agenda internacional interactúa con el probable surgimiento de un sistema multipolar. En la conclusión, se argumenta que la disputa chino-estadounidense abarca desde cuestiones relacionadas con la distribución del poder hasta factores ideacionales relacionados con sus cosmovisiones.

## **2 LA COMPETENCIA EN EL CAMPO DE CYT Y SU INTERACCIÓN CON EL SEGMENTO DE DEFENSA**

No hace mucho tiempo – 30 años o menos –, China era tímida en cualquier ranking que retratará los niveles de educación, ciencia e innovación. Actualmente, luego de vigorosas inversiones en la calificación de recursos humanos, con base en una sólida estrategia, el país ocupa una posición destacada como desarrollador y proveedor de tecnologías de punta. Cuando miramos sus resultados en el Programa para la Evaluación Internacional de Estudiantes (PISA)<sup>2</sup>, cuyo puntaje es más alto que el promedio de los países de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo (OCDE)<sup>3</sup>, se identifica claramente el origen de los anticpos obtenidos.

En China, la creciente inversión en educación se traduce en reflejos positivos para varios segmentos de la economía. La participación del valor agregado global en productos de alta tecnología crece de manera ininterrumpida, con énfasis en segmentos como computación, semiconductores, productos farmacéuticos y equipos de comunicación. El creciente número de patentes<sup>4</sup> y el monto invertido en investigación y desarrollo (I+D) corroboran para el aumento en la valoración de su papel como un país dueño de una alta capacidad autóctona de innovación tecnológica, a pesar de seguir siendo considerado una incubadora de piratería cibernética y espionaje corporativo<sup>5</sup>.

2 Sobre el tema, consulte el enlace disponible en: <https://exame.com/mundo/pisa-mostra-que-a-china-e-o-pais-a-ser-copiado-em-educacao/>. Acceso en: 12 dic. 2022.

3 Sobre el tema, consulte el enlace disponible en: <https://www.oecd.org/pisa/PISA%202018%20Insights%20and%20Interpretations%20FINAL%20PDF.pdf>. Acceso en: 12 dic. 2022.

4 Sobre el tema, consulte el enlace disponible en: [https://www.wipo.int/pressroom/en/articles/2021/article\\_0002.html](https://www.wipo.int/pressroom/en/articles/2021/article_0002.html). Acceso en: 12 dic. 2022.

5 Sobre el tema, consulte el enlace disponible en: <https://mittechreview.com.br/como-a-china-se-tornou-uma-gigante-de-espionagem-cibernetica-sem-igual-e-duradoura/>. Acceso en: 12 dic. 2022.

El último Plan Quinquenal del Partido Comunista de China - PCCh (2021-2025)<sup>6</sup> enumera siete áreas estratégicas consideradas esenciales para la “seguridad nacional y el desarrollo general”: inteligencia artificial (IA), computación cuántica, circuitos integrados, investigación en genética y biotecnología, neurociencia y el sector aeroespacial. Según el documento, el país pretende crear laboratorios nacionales y reforzar los programas académicos para desarrollar y apoyar algunas de las tecnologías antes mencionadas. Además, las vacunas, la exploración de aguas profundas y el reconocimiento de voz también están presentes en la lista de objetivos. Por primera vez, el PCCh dedicó un capítulo exclusivamente al tema tecnológico, anunciando su intención de incrementar el gasto en I+D en más de un 7% anual, lo que representa, en términos absolutos, el 2,4% del PIB.

El contexto de una “guerra tecnológica” está presionando a Beijing para que “desamericanice” las cadenas de suministro de tecnología. La estrategia tiene como objetivo reemplazar los insumos estadounidenses con tecnología nacional o tecnología de proveedores alternativos en el sudeste asiático y Europa. Mejorar la innovación nacional y proteger las cadenas tecnológicas son prioridades en el XIV Plan Quinquenal del PCCh. En este marco, es probable que se produzca una bifurcación de las cadenas productivas entre China y EE. UU. en áreas como telecomunicaciones, infraestructura, almacenamiento de datos, armas y cables de datos submarinos.

China lidera la producción de tierras raras, mientras que EE. UU. domina la de semiconductores y *softwares* necesarios para fabricación de chips. La disputa en el área de los semiconductores es el principal ejemplo de cómo la cadena de valor que involucra a los dos países se está desmoronando (o al menos debilitando). EEUU castiga a las empresas chinas y quiere impulsar la producción local<sup>7</sup>. China almacena chips y analiza sus propios medios de fabricación.

Las próximas generaciones de telefonía móvil representan un cambio de paradigma en nuestra era, permitiendo el uso de dispositivos y aplicaciones que solo ganan funcionalidad al liberar una gran cantidad de tráfico de datos. Del conjunto de tecnologías disruptivas que dependerán de esa condición, emerge en importancia la IA. Al agregar cognición a robots y armas, cuyas aplicaciones prometen aprovechar las capacidades militares en todos los niveles y dominios, la IA tiene el potencial de cambiar las características tradicionales y bien conocidas de los conflictos, delegando ventajas estratégicas fundamentales a sus poseedores. En este sentido, el liderazgo actual de China en el segmento de quinta generación de telefonía móvil (5G) tiende a permitirle obtener beneficios de manera más inmediata.

En cuanto a la disponibilidad del poder militar, la asimetría es significativa. Estados Unidos mantiene su gasto militar en niveles elevados, lo que le ha garantizado el liderazgo mundial durante décadas. Según el Stockholm International Peace Research Institute (SIPRI, 2021)<sup>8</sup>, los gastos militares de EE. UU. alcanzaron la cifra de US\$ 778 mil millones en 2020, lo que representó un aumento del 4,4 % con respecto al año anterior y el 39 % del total de los gastos militares

6 Sobre el tema, consulte el enlace disponible en: [https://cset.georgetown.edu/wp-content/uploads/t0237\\_5th\\_Plenum\\_Proposal\\_EN-1.pdf](https://cset.georgetown.edu/wp-content/uploads/t0237_5th_Plenum_Proposal_EN-1.pdf). Acceso en: 12 dic. 2022.

7 En octubre de 2022, el gobierno de EE. UU. emitió una dura medida restringiendo el acceso de las empresas chinas a la tecnología de chips, hecho que intensificó la competencia comercial y tecnológica entre ambos países.

8 Sobre el tema, consulte el enlace disponible en: <https://www.sipri.org/databases/milex>. Acceso en: 12 dic. 2022.

mundiales. Fue el tercer año consecutivo de crecimiento, luego de siete reducciones consecutivas. Una parte relevante de dicho aumento se atribuye a la ampliación de las inversiones en I+D, así como al avance de varios proyectos a largo plazo, vinculados a la modernización del arsenal nuclear y de todo el sector de defensa estadounidense.

En 2020, China se mantuvo en el segundo lugar en gasto militar mundial (US\$ 252 mil millones). Del análisis superficial del perfil desembolsado, una parte significativa se destinó a la obtención de equipamiento militar de alto valor tecnológico añadido (aeronaves, satélites, sistema de navegación inercial propio, misiles, jammers cibernéticos, etc.), algunos de ellos de origen nacional. Juntos, EE. UU. y China representan 2/3 del gasto militar mundial.

La ocurrencia de pruebas vinculadas al desarrollo de misiles hipersónicos, por parte de China, despertó la atención de la comunidad internacional. El dominio de las capacidades vinculadas a un sistema de bombardeo orbital fraccional (FOBS, en el acrónimo inglés), aunque no sea algo sin precedentes, eleva al país asiático a una posición diferenciada en la lista de amenazas efectivas para EE.UU. Un eventual éxito en la superación de las defensas antimisiles estadounidenses podría conducir a una carrera armamentista costosa, indeseable y peligrosa<sup>9</sup>.

La prensa internacional difundió recientemente imágenes atribuidas a la construcción de silos para misiles balísticos intercontinentales, en el desierto de la provincia de Gansu, en el noroeste de China, alertando sobre el tema a expertos internacionales en seguridad<sup>10</sup>. Se estima que el EPL tiene a su disposición alrededor de 200 ojivas nucleares en condiciones operativas, lo que ha generado especulaciones en el Pentágono sobre un eventual cambio en la estrategia nuclear china, preocupación expresada en el *Annual Report to Congress – Military and Security Developments Involving the People's Republic of China*<sup>11</sup>. Si bien persiste una clara asimetría nuclear a favor de EE. UU., la incorporación de nuevas capacidades aumenta el grado de disponibilidad y preparación de las fuerzas armadas chinas, impactando en el equilibrio de poder.

Vinculado también a la dimensión aeroespacial y de alto valor tecnológico añadido, el segmento satelital ha ido adquiriendo una relevancia creciente en el espectro de la competencia entre las grandes potencias. La intención de utilizar el espacio para fines no pacíficos va acompañada de importantes inversiones en el desarrollo de tecnologías destinadas a armas antisatélite. Estados Unidos, China y Rusia libran una disputa relativamente silenciosa, llena de intensos debates e intercambio de acusaciones, lo que ha requerido una sofisticada articulación diplomática. El Tratado sobre la Prevención de la Colocación de Armas en el Espacio Ultraterrestre (PPWT)<sup>12</sup>, que Beijing y Moscú presentaron a la ONU, es un ejemplo de un instrumento concertado que se está evaluando actualmente.

9 Sobre el tema, consulte el enlace disponible en: <https://foreignpolicy.com/2021/10/18/hypersonic-china-missile-nuclear-fobs/>. Acceso en: 12 dic. 2022.

10 Sobre el tema, consulte el enlace disponible en: <https://www.economist.com/china/2021/07/31/china-is-rapidly-building-new-nuclear-missile-silos> e <https://foreignpolicy.com/2021/06/30/china-nuclear-weapons-silos-arms-control/>. Acceso en: 12 dic. 2022.

11 Sobre el tema, consulte el enlace disponible en: <https://media.defense.gov/2021/Nov/03/2002885874/-1/-1/0/2021-CMPR-FINAL.PDF>. Acceso en: 12 dic. 2022.

12 Sobre el tema, consulte el enlace disponible en: <https://www.nti.org/learn/treaties-and-regimes/proposed-prevention-arms-race-space-paros-treaty/>. Acceso en: 12 dic. 2022.

De lo anterior, es posible inferir que, a pesar de la pandemia de COVID-19 y la reducción de parte de su actividad económica, China ha logrado sostener la producción de su industria de alta tecnología, lo que indica obstinación por el liderazgo tecnológico mundial. Tal postura está directamente relacionada con sus ambiciones geopolíticas como potencia en ascenso e impulsa la disputa con EE.UU. Como instrumentos capaces de agregar recursos de poder, el desarrollo y el dominio de tecnologías disruptivas, cada vez más asociadas a sofisticados equipos militares, están intensificando progresivamente las conexiones con las estrategias nacionales. En este entorno competitivo, la gestión de la carrera tecnológica a favor de las metas e intereses nacionales asume centralidad, sumando complejidad a las disputas geoestratégicas y geopolíticas.

### 3 EL PAPEL Y EL PESO DE LAS IDEAS

En la base de la formulación teórica del realismo clásico, Morgenthau (2003) atribuyó una relevancia significativa a la condición estructural del sistema internacional, destacando la búsqueda de la maximización del poder estatal frente a una estructura anárquica, resultante de la defensa incesante de los intereses nacionales. Al razonar la existencia de limitaciones al ejercicio del poder en el sistema internacional, Morgenthau presenta el equilibrio de poder<sup>13</sup> como la medida más importante de restricción y coactividad.

Walt (2021, n.p.) enumera un conjunto de restricciones que minimizan la probabilidad de que China y EE. UU. entren en guerra y señala que, además de los factores geográficos (tamaño, población y ubicación), ambos países tienen armas nucleares, lo que limita la capacidad de coaccionar u obligar al otro a imponer su voluntad. En esta línea, argumenta que, probablemente, ningún país convertirá al otro a su ideología política preferida. “Nos guste o no, los dos poderes tendrán que coexistir durante mucho tiempo”. Parece oportuno, por tanto, recordar la síntesis del contexto de disputas estratégicas y conflictos indirectos que caracterizó a la Guerra Fría: “paz imposible, guerra improbable” (ARON, 1948).

En un discurso ante el Congreso de los EE. UU., en abril de 2021, el presidente Joe Biden, al expresar algunos de sus objetivos de gobierno, reconoció que su país enfrenta una nueva era de competencia, necesitando reajustar estrategias para mejorar su juego. Al defender la democracia, Biden subrayó que EE.UU. tiene la obligación y el deber de mantenerse como el referente mundial del modelo político, lo que, por tanto, lo impulsa a oponerse a las autocracias - “[...] tenemos que demostrar que la democracia funciona ” (ESTADOS UNIDOS, 2021, n.p., nuestra traducción).

La defensa de los valores fundamentales que identifican a EEUU como nación tiene su origen desde la fundación del país, cuando se establecieron las bases estructurales de sus organizaciones sociopolíticas. A diferencia de sus vecinos, los habitantes del norte del “Nuevo Mundo” gozaban de relativa libertad y autonomía política – inusual en la época –, siendo los encargados de decidir sobre los principales asuntos internos. Tal cuadro amalgamó el desarrollo de una mentalidad de gobierno autónomo, signo incipiente del valor representativo de la libertad para aquellos pioneros.

13 La aspiración al poder por parte de varias naciones, en el cual cada una de ellas trata de mantener o alterar el statu quo, conduce necesariamente a una configuración que se denomina equilibrio de poder, así como a políticas destinadas a preservar ese equilibrio (MORGENTHAU, 2003, p. 321).

Moïsi (2009) describe que la historia de Estados Unidos (así como la de Israel) se construyó sobre la base de “la esperanza mesiánica y la creencia en una América como tierra de redención, liberación y un nuevo comienzo”. La república, fundada como idealista, vibrante y modesta, en menos de dos siglos se expandió al estatus de imperio. El optimismo, el individualismo, la flexibilidad, el culto a la excelencia y la convicción de ser único constituyeron los ingredientes clave del éxito. “EEUU, desde su génesis como nación, se vio a sí mismo como un proyecto en construcción, y no como una memoria o tradición a ser protegida o superada” (MOÏSI, 2009, p. 109).

Se confunde la idea de “destino manifiesto” con la existencia de una tradición de la política exterior estadounidense<sup>14</sup>, cuyo núcleo se puede traducir en un discurso del candidato derrotado (por Obama), Mitt Romney, en 2012: “Dios no creó este país para ser una nación de seguidores. Estados Unidos no está destinado a ser solo una de varias potencias globales en la balanza. Estados Unidos debe liderar el mundo o otros lo harán”. Schlesinger (1992) vincula tal convicción a un “providencialismo”<sup>15</sup>, que habría contribuido a impulsar al país (desde un punto de vista ideacional) a promover la libertad y la democracia en todo el mundo, además de imprimirle algunos de los principales contornos a lo que se conoce como excepcionalismo estadounidense.

Sin embargo, a lo largo de la historia reciente, al recurrir al uso de la fuerza para lograr objetivos políticos, vinculándolos a la idea de un “destino misionero”, EE.UU. terminó contribuyendo a conformar la imagen de una potencia imperialista ante parte del sistema internacional. Durante la Guerra Fría, cuando la universalización de los valores norteamericanos se entrelazaba con la estrategia de contención (territorial e ideacional) del comunismo, la amplificación del intervencionismo como estrategia para defender los intereses norteamericanos contribuyó a la mencionada aseveración. Sin embargo, se puede inferir la ocurrencia de un “reflejo estratégico” entre EE.UU. y la ex-Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) en ese período, cada uno buscando expandir y consolidar áreas de influencia. La atracción y la coerción alimentaron los debates sobre el papel de cada modelo en la formulación de las grandes estrategias durante la Guerra Fría.

En la obra “Auge y caída de las grandes potencias” (1989), Paul Kennedy argumentó que la suma total de los intereses norteamericanos y sus obligaciones globales excederían las capacidades del país para defenderlos simultáneamente. Desde el final de la Segunda Guerra Mundial, sería la primera vez que la mayor potencia mundial enfrentaría el debate que abraza un incómodo paradigma: la posibilidad de que se establezca el proceso de transferencia de poder. Con el fin de la Guerra Fría y en la raíz de los acontecimientos derivados del atentado del 11 de septiembre de 2001, el mundo observó un cambio de postura estratégica por parte de EE.UU. y sus principales aliados. El surgimiento de la guerra contra el terrorismo y los conflictos vinculados a ella terminaron por crear las condiciones para que una China, hasta entonces “contenida y aparentemente satisfecha”, aprovechara las oportunidades que se abrían. El país decidió mostrarle al mundo que el Imperio del Medio estaba decidido a recuperar su lugar en el sistema internacional. Y a su manera.

14 Mead (2006) propuso la categorización de la política exterior de EE. UU. en cuatro “escuelas”: hamiltoniana, jeffersoniana, jacksoniana y wilsoniana.

15 Se entiende por “providencialismo” una condición vinculada a la fuerte influencia de la religión en la sociedad estadounidense, refiriéndose a la idea de que Estados Unidos es una nación escogida por Dios para ser referencia y ejemplo para toda la humanidad. Apoya la creencia en la “misión mesiánica” y en el papel de “nación escogida por Dios”.



La visión de Xi Jinping para China, traducida por la expresión “el sueño chino”, busca capturar el deseo de la nación de ser rica, poderosa y respetada. Al igual que EEUU, la idea del excepcionalismo chino, asociada a la filosofía confuciana, está interiorizada en la civilización más antigua del mundo. A principios de la década de 1970, cuando se disponía a asesorar a Nixon en la empresa de acercamiento a la nación asiática, Henry Kissinger ya había asimilado que las relaciones internacionales de China eran la expresión externa de sus principios de orden social y político interno. En la interpretación de Kissinger, el país comunista consideraba el sistema internacional altamente jerárquico y no igualitario. Así, comprender las dinámicas que rigen el orden internacional sería una derivación de la expresión confuciana “conoce tu lugar”.

Después de una larga dominación china en Asia, la primera mitad del siglo XIX marca el comienzo del período conocido como “el siglo de la humillación”. Las derrotas militares, la colonización económica y la ocupación por parte de potencias extranjeras inculcaron profundos resentimientos en la civilización china. A las generaciones más jóvenes se les transmite masivamente una lección: “nunca olviden; nunca más”. En 1949, bajo el mando de Mao, la victoria de los comunistas en la guerra civil rescató la soberanía expropiada. Aunque el país se deshizo de la dominación imperialista extranjera, el precio cobrado por el nuevo régimen fue muy alto. Solo después de la muerte de Mao (1976), con la ascensión de Deng Xiaoping, comenzó una nueva transformación, con consecuencias hasta el día de hoy.

China, potencia insatisfecha con el orden internacional vigente, pretende ser elevada a una condición diferente a la que se encuentra hoy. Desde 2010, el país asiático se ha convertido en la segunda economía del mundo, capaz de posiblemente superar a la norteamericana a finales de la década de 2020. Proyectos ambiciosos, como el “*Belt and Road Initiative*”, potencian su proyección internacional y hacen su gran estrategia factible, instrumentalizada por una política exterior asertiva, centrada en la expresión del poder económico y asegurada por un poder militar vigoroso.

Al mismo tiempo, para lograr sus objetivos políticos, el Estado chino utiliza, con relativo éxito, recursos de poder blando (*soft power*). Si bien el liderazgo de Occidente en este campo es real, se han realizado esfuerzos para mejorarlo. Los elementos culturales (diplomacia cultural), los elementos humanitarios (“diplomacia de las máscaras”) y los asociados a la cooperación económica son algunos ejemplos. Alternando relaciones con potencial para generar dependencia económica (inversiones) y compromisos financieros (préstamos que caracterizan “trampas financieras”), la gran estrategia china se va viabilizando. Al aumentar su capacidad para llegar a diferentes partes del mundo, así como su poder para influir en los segmentos estatales y no estatales, la visión de Xi Jinping de “hacer que China vuelva a ser grande” – combinando prosperidad y poder – se va estableciendo.

Según Walt (2021), China cree que un orden mundial adecuado es esencialmente westfaliano. El país enfatiza la soberanía territorial, la no injerencia y privilegia las necesidades del colectivo (como la seguridad económica) sobre los derechos o libertades del individuo. Finalmente, China quiere un sistema internacional que ofrezca seguridad al modelo autocrático de su PCCh. EE.UU., en cambio, promueve desde hace mucho tiempo un orden mundial

basado en los llamados valores liberales, cuyas bases ideacionales se centran en valorar ciertos derechos inalienables, encarnados en el respeto a los derechos humanos y a las libertades fundamentales para todos. Aunque buscan fortalecer sus narrativas, ambas las potencias no son del todo fieles al contenido de sus discursos.

Al referirse al fortalecimiento del poder militar del EPL, Xi Jinping resume el proceso de la siguiente manera: “luchar y ganar guerras”. Para el líder chino, “para realizar el gran renacimiento de la nación china, debemos asegurar la armonía entre un país próspero y un ejército fuerte”. Allison (2020) destaca que el poder de las palabras - y la idea que contienen - es particularmente importante para China, ya que busca recuperar la humillación sufrida a manos de potencias extranjeras. Incluso si el discurso se presenta de esta manera, aparentemente no significa que China quiera pelear (por ahora). Sin embargo, anclado en objetivos a largo plazo, el mensaje tiene la dirección correcta.

Gray (2016), buscando analizar cómo interactúan ideas y prácticas en la operacionalización de la *high politic*, presenta la cultura estratégica como “la unidad esencial para toda experiencia estratégica”. Aun enfatizando la inadecuación de considerar todo comportamiento estratégico sujeto a la influencia cultural, Colin Gray advierte que las dimensiones de la estrategia se expresan en comportamientos (de personas e instituciones) anclados en la cultura<sup>16</sup>. “La estrategia tiene muchas dimensiones, y una de ellas es la cultural”.

La corriente constructivista de las RI, al analizar la política exterior a través de su eje principal – la diplomacia –, busca dejar en claro que la construcción política del relato y de su operacionalización son componentes de la cultura estratégica del actor estatal al que se vincula. Así, considera la cultura estratégica como una herramienta analítica imprescindible en los ámbitos de la toma de decisión política, de la seguridad y defensa, de la geopolítica, de la geoestrategia, de la inteligencia estratégica y de la cultura organizacional.

A pesar de que EE. UU. y China manifiestan, en gran escala, intereses políticos y económicos en conflicto, los valores incrustados en los discursos de ambas naciones muestran rastros de convergencia. La idea de excepcionalidad es una característica común de ambos pueblos, así como la creencia de que ambos actúan con honestidad de propósito y fidelidad a sus “destinos manifiestos”. Tales cualidades (o características) acaban tipificando y calificando las culturas identitarias de China y EE. UU., con repercusiones en la conformación de sus políticas exteriores.

En esta perspectiva, los análisis dirigidos al vigoroso surgimiento de China como eventual postulante a la ruptura del statu quo defendido por EE.UU. no deben reducirse a las tradicionales (e importantes) cuestiones geopolíticas. El peso de los factores ideacionales es sustantivo, teniendo el potencial de influir en la mitigación o en el agravamiento de los imponderables debates que se producirán a lo largo del inestable proceso de transferencia de poder ahora apreciado.

---

<sup>16</sup> La cultura o culturas comprenden las ideas, las actitudes, las tradiciones, los hábitos mentales y los métodos preferidos de operación, persistentes y socialmente transmitidos, que son más o menos específicos de una comunidad de seguridad particular, basada geográficamente, que tiene una experiencia histórica única (GRAY, 2016, p.176).

#### 4 OCCIDENTECENTRISMO Y LA AGENDA INTERNACIONAL

Hobson (2012) argumenta que los principales conceptos desarrollados por muchos de los más relevantes estudiosos de las RI para explicar problemas globales – ya sea desde una perspectiva histórica, coyuntural o predictiva – están profundamente centrados en el modelo de pensamiento occidental. A partir de referencias que tienen más sentido desde la perspectiva de una “civilización occidental”, se producirían análisis provincianos desconociendo una mirada más universalista y, en consecuencia, más inclusiva, perjudicando el juicio de valor de los fenómenos internacionales.

Habría así una división normativa entre un “universalismo occidental” y un “particularismo no occidental” por un lado, y “modernidad occidental” y “tradicción no occidental” por el otro. Como resultado de esta distorsión, el establecimiento de una agenda global suele verse como algo posible solo para Occidente. Este privilegio occidental termina por no reconocer - o despreciar- la agencia no occidental, que solo adquiere cierta relevancia cuando representa una amenaza fundamental para Occidente. Así, se asume que, desde la perspectiva de la “civilización occidental”, un futuro orden global no occidental sería “caótico, desorientador y peligroso” (STUENKEL, 2018).

Evidentemente, cuando consideramos el argumento anterior, el objeto ahora apreciado en este trabajo se ve afectado, mereciendo una reflexión pertinente. Stuenkel (2018) considera que el modelo ampliamente aceptado de “difusionismo occidental” se basa en la premisa de que la historia es un proceso impulsado por Occidente, lo que debilitaría la porción no occidental de las contribuciones a las formulaciones reflexivas del entorno internacional. Al descuidar eventos importantes que tuvieron lugar fuera del contexto europeo – especialmente desde una perspectiva histórica más antigua –, se minimizan eventos relevantes pertenecientes a más de cuatro mil años de historia china, lo que puede conducir a posibles distorsiones y construcciones de narrativas sesgadas.

Mearsheimer (2015) argumenta que el relativo declive de Occidente hará que el mundo sea más inestable y peligroso, con potencial para el estallido de una guerra, perspectiva que el autor realista cataloga como “deprimente”. Otros analistas inferen, bajo los mismos antecedentes, que la fragilidad estructural resultante reducirá significativamente la capacidad de los Estados para cooperar de manera efectiva. Una nueva norma sería cada vez más la “ausencia de normas”. Dichos enfoques están anclados, simultáneamente, en la centralidad del papel de Occidente y en el descrédito atribuido a la multipolaridad, condiciones que debilitarían el poder de concertación global ya que la ausencia del hegemon aumentaría la inestabilidad en el sistema internacional.

Por otro lado, una breve digresión histórica señalaría las dificultades de los defensores de las perspectivas antes mencionadas para explicar los diversos momentos de inestabilidad vividos bajo el orden liberal liderado por los EE.UU., incluyendo la ocurrencia de guerras y otros conflictos violentos. Kissinger (2014) afirma que, en el proceso de construcción del orden mundial posterior a la Segunda Guerra Mundial, el excepcionalismo y el idealismo estadounidenses fueron esenciales. Sin embargo, en el contexto de debates que levantan sospechas sobre

una irrefutable legitimidad<sup>17</sup> estadounidense en la conducción del proceso, se observa reiteradamente la inferencia de la práctica de la coacción en el transcurso de varios hechos. Al no descuidar el uso de todos los recursos de poder disponibles para dar forma y sentido al orden internacional, Washington incorporó la supremacía de su “*way of life*” y, en consecuencia, fue lo suficientemente selectivo como para subestimar la relevancia de otras posibilidades de agencias, culturas y pensamientos.

La marea democrática surgida tras el colapso soviético (1991), que abarcó varias partes del mundo, llevó al falso entendimiento de que “habría un fin de la Historia”, materializado por la victoria de la democracia liberal occidental sobre el modelo autocrático difundido por la extinta URSS. Más recientemente, la Primavera Árabe reavivó un sentimiento similar, pronto enfriado por la imposición de la compleja realidad vivida en los países que participaron en el movimiento (sólo Túnez llevó a cabo las ideas allí defendidas). Levitsky y Ziblatt (2018) describen argumentativamente el surgimiento reciente de una crisis en el sistema político estadounidense, inserto en el contexto de un eventual proceso de declive democrático mundial. En este contexto, surgen dudas sobre la prevalencia (o no) de un modelo político capaz de enmarcar el proceso de redistribución del poder.

Los EE. UU. (y Occidente en general) valoran los factores ideacionales como los principales impulsores del proceso de “conversión global”. Anclados en la visión de la cultura democrática liberal, minimizan discursivamente el papel del poder militar en la creación y en el mantenimiento del orden global actual. Si bien el argumento es seductor, no encuentra, en su totalidad, sustento en la realidad coyuntural e histórica. El surgimiento de gobiernos autocráticos y/o populistas ha contribuido a degradar la tesis de que los llamados “valores occidentales” tendrán perennemente la fuerza suficiente para moldear el orden internacional. La tesis del surgimiento de una “multipolaridad bipolar”, con China (dictadura comunista) como potencia dispuesta a desafiar la hegemonía mundial con EE.UU., corrobora el cuestionamiento de la perenne fortaleza del modelo occidentalcentro.

En el contexto del fenómeno contemporáneo que nos propusimos apreciar, es posible identificar algunos puntos con potencial para conformar estrategias de afrontamiento/acomodación. La ocurrencia de un sentimiento de rescate de una imagen, ya sea a partir del revisionismo (China) o del cansancio (EE.UU.), impulsa a Washington y Pekín a repositionarse estratégicamente en los distintos tableros globales. En la búsqueda de sus objetivos, las estrategias basadas en el *hard power* inevitablemente competirán con posturas concertadas y acomodaticias, lo que requerirá articulaciones políticas y diplomáticas sofisticadas. La disputa por áreas de influencia, tan marcada en el período de la Guerra Fría, tiende a intensificarse, requiriendo habilidad en el manejo de recursos de *soft/smart power*. El poder duro y las ideas fomentarán la competencia, en un mundo que ve el surgimiento del nacionalismo – mucho forraje para alimentar la competencia.

---

17 La legitimidad, en política internacional, significa la autoridad reconocida para gobernar en la jerarquía internacional. Este concepto presupone la existencia de una “sociedad internacional” (CLARK, 2003). David Lake elaboró la teoría de la autoridad relacional, conceptualizando la legitimidad en las RI (LAKE, 2009).

Desde otra perspectiva, la interdependencia económica, variable fundamental para interpretar el alcance real de los movimientos destinados a provocar efectos de vergüenza, coacción o castigo, seguirá desempeñando un papel regulador en el equilibrio de poder. Sin embargo, no alcanzará la profundidad y el alcance teorizados por Keohane y Nye (1977). Aunque menos belicosa que la Era Maoísta (1949-1976), el perfil contemporáneo de la política exterior china, inaugurado por Deng Xiaoping (1978-1992)<sup>18</sup>, ha sufrido duros ajustes, adquiriendo sesgos activos y de confrontación. El ascenso de Xi Jinping (2012) y la reciente reorganización del PCCh<sup>19</sup> parecen contextualizar el actual período de cambio. La reforma militar, la seguridad cibernética, las finanzas y la política exterior son algunas de las áreas centrales cubiertas por el proceso en curso. Por otro lado, el gobierno de Biden parece no estar dispuesto a revertir algunas medidas tomadas por su antecesor y que marcaron la profundización de la competencia con la potencia asiática, demostrando que “el pivote para Asia” es el pilar de apoyo de la gran estrategia americana contemporánea.

En este contexto, es oportuno retomar el debate sobre la definición de la agenda internacional, tema tradicionalmente asociado a los poderes establecidos. Apoyadas en la eficacia de sus recursos de poder, las grandes naciones proyectan particular influencia (y control) sobre los organismos internacionales, lo que las eleva a la condición de agentes privilegiados en el proceso de formulación de agendas. Liderazgo político, credibilidad internacional y capital intelectual relevante, entre otros factores, constituyen, desde la perspectiva de las potencias occidentales, las condiciones necesarias para que los Estados puedan desempeñar el papel de artífices del “gran debate global”.

Sin embargo, si bien la amplia condición de asimetría global puede limitar la participación de las naciones emergentes en el proceso de formulación de la agenda internacional, es justo inferir que ésta no es impenetrable. Entre los factores mencionados, parece que la credibilidad internacional es un supuesto accesible, especialmente para aquellos Estados comprometidos con los llamados “bienes públicos globales”. Sin embargo, a la credibilidad deben estar asociadas otras condiciones relacionadas, como la reputación (relativa a la legitimidad resultante de buenos resultados en el tratamiento de agendas internas análogas) y la capacidad diplomática reconocida (relativa a la buena tradición en política exterior).

La pandemia del COVID-19, el cambio climático, las cuestiones demográficas, las migraciones, la defensa de los derechos humanos, las armas de destrucción masiva, entre otros temas presentes en la agenda internacional contemporánea, demandan acciones amparadas por la concertación y la aproximación. Desde esta perspectiva, la capacidad de atracción global cobra relevancia, degradando (aunque parcialmente) el potencial de acción directa de los poderes económico y militar. En la disputa por el liderazgo en los debates que involucran los principales problemas globales, tanto EE. UU. como China han utilizado cada vez más los recursos de *smart power*.

---

18 Ascenso pacífico, de naturaleza pasiva y no confrontacional, basado en la transformación efectiva de sus recursos de poder económico a poder real. La apertura y las profundas reformas promovidas en el período sustentaron el sólido desarrollo económico chino, transformando el país y marcando el comienzo de una nueva era en la geopolítica global. La famosa cita de Deng Xiaoping “No importa de qué color sea el gato, siempre que atrape al ratón” resume el pragmatismo político de la era posterior a Mao. (CARRIÇO, 2013)

19 Sobre el tema, consulte el enlace disponible en: <https://www.lowyinstitute.org/publications/after-xi>. Acceso en: 12 dic. 2022.

Clark (2003) sostiene que, en las transiciones de poder, una cuestión esencial en juego es el mantenimiento o la adquisición de prestigio. Es él quien determina quién da las órdenes y dirige el sistema internacional, la naturaleza de este orden y cómo se ejercerá – por medios coercitivos o por autoridad legítima. Al adaptar sus estrategias para hacer frente al surgimiento de Beijing, EE. UU. (y Occidente) se verán obligados a revisar y repensar algunos conceptos vinculados a la visión de un mundo esencialmente centrado en Occidente. El hábito recurrente de interpretar procesos singularmente específicos según modelos de alta generalidad conduce a la repetición de errores estratégicos, a un costo repetidamente mayor.

## 5 CONCLUSIÓN

Partiendo de un panorama más completo, que sea capaz de enmarcar algunas de las principales incertidumbres que caracterizan la emergente competencia hegemónica, es legítimo considerar que la disputa chino-estadounidense va desde las cuestiones tradicionales relacionadas con la distribución del poder (geopolíticas, geoeconómicas y geoestratégicas) a factores ideacionales relacionados con sus cosmovisiones.

Los contornos de multipolaridad que ha ido adquiriendo el sistema internacional, con el posible predominio (aunque sea temporal) de una bipolaridad asimétrica, requerirán un reajuste de las estrategias nacionales de los Estados conscientes del fenómeno. La competencia por la formación de áreas de influencia (o algo similar) estará marcada por una diplomacia sofisticada y por el uso de los recursos de poder tradicionales. Atracción, persuasión y disuasión serán palabras cada vez más presentes en el vocabulario de estrategias y de tomadores de decisiones, vigilantes que estarán en el tablero global.

Se espera de las grandes potencias las principales iniciativas. Sin embargo, para los Estados emergentes aplicados, la capacidad de reconocer oportunidades se convertirá en el gran diferencial. Para estas naciones, en pocas palabras, el mayor desafío a superar será identificar estratégicamente la forma más ventajosa de reposicionarse frente a los inexorables movimientos sistémicos. Elevar (o no) el perfil de la actuación internacional, potenciar recursos de poder económico y militar, impulsar la inserción comercial, posicionarse frente a los grandes debates globales, entre otras, serán variables presentes en las formulaciones estratégicas contemporáneas de los Estados.

De la difusión de debates sobre qué es relevante para ser estudiado/analizado por el campo de las RI surgen diferentes visiones. Del enfrentamiento entre las supuestas “miopías” de las perspectivas tradicionales y las nuevas lentes de lectura de un mundo en transformación, se infiere que no solo cambió el mundo, sino también la perspectiva sobre este mundo. En este artículo, cuando apreciamos la competencia actual entre EE.UU. y China en el contexto del subcampo de la Seguridad Internacional, es posible concluir que el fenómeno no debe observarse exclusivamente desde la perspectiva de la distribución del poder.

Al analizar sumariamente la variable “disputa por el liderazgo en el dominio científico-tecnológico”, inferimos sobre inexorables derrames para el segmento de seguridad, explorando algunas probables incertidumbres adheridas al juego de las grandes potencias. Buscamos enfatizar la centralidad de la ciencia y la tecnología para cambiar el equilibrio del poder mundial, lo que indica una reducción probable y gradual de la asimetría del poder militar entre EE. UU. y China, impulsada por la evolución de tecnologías disruptivas y por la adquisición de nuevas capacidades.

Argumentamos que existe una creciente relevancia de la influencia de los factores ideacionales en la construcción de la retórica de la política exterior, tanto en EE.UU. como en China, con repercusiones en el proceso de competencia por la hegemonía. Argumentamos que los factores materiales, intrínsecamente asociados a la acumulación de recursos de poder, no serán suficientes para mover, por sí solos, las piezas del tablero de ajedrez, lo que dará complejidad a la probable conformación de un nuevo orden internacional. La crisis del mundo traerá consigo la crisis de la teorización del mundo.

A pesar de las peculiaridades nacionales propias de las sociedades complejas, una interpretación del fenómeno chino según una estilización occidental es absolutamente incompleta. Manteniendo la resiliencia de un pensamiento occidentecéntrico con miras a fundar estrategias dirigidas al momento actual (y futuro) de competencia hegemónica, es muy probable que las limitaciones referenciales no ofrezcan, con eficacia y eficiencia, la elasticidad y amplitud suficientes para la construcción de opciones estratégicas adecuadas.

A pesar de que la carrera por la acumulación de poder duro es el dictado tradicional que regula el ritmo de las competencias en el ámbito internacional, los esfuerzos en busca de acomodo y reducción del conflicto serán imperiosamente necesarios. En un momento de reorganización de los tradicionales marcos de alianzas globales, indispensables para alcanzar los difusos objetivos políticos de las grandes potencias (y con repercusiones para todo el sistema internacional), es importante que prevalezca la inteligencia diplomática y la capacidad de negociación, herramientas políticas blandativas de una indeseable escalada en la disputa por la hegemonía mundial. Y no es solo el poder lo que moverá las piezas en el juego de las grandes potencias.

**REFERENCIAS**

ALLISON, G. **A caminho da guerra**. Rio de Janeiro: Intrínseca, 2020.

ARON, R. **Le grand schisme**. Paris: [Gallimard], 1948.

BLACKWILL, R.; HARRIS, J. **War by other means: geoeconomics and statecraft**. Cambridge, Massachusetts: The Belknap Press of Harvard University Press, 2016.

CARRIÇO, A. Grande estratégia e o «sonho da China» de Xi Jinping. **Relações Internacionais**, Lisboa, n. 38, p. 23-33, jun. 2013. Disponible en: <https://bit.ly/3gAsKya>. Acceso en: 11 out. 2021.

CARVALHO, G. O. G. Disputa hegemônica, fatores ideacionais e disputa do tabuleiro internacional: entre a ideologia e o pragmatismo. **Análise Estratégica**, Brasília DF, v. 23, n. 1, 2022. Disponible en: <http://www.ebrevistas.eb.mil.br/CEEEExAE/article/view/9336>. Acceso en: 30 out. 2021.

CLARK, I. Legitimacy in a global order. **Review of International Studies**, Cambridge, v. 29, n. S1, p. 75-95, Dec. 2003.

GRAY, C. S. **Estratégia moderna**. Tradução Geraldo Alves Portilho Júnior. Rio de Janeiro: Biblioteca do Exército, 2016.

HOBSON, J. **The eurocentric conception of world politics: western international theory 1760-2010**. Cambridge: Cambridge University Press, 2012.

KENNEDY, P. **Ascensão e queda das grandes potências**. [Rio de Janeiro: Elsevier], 1987.

KEOHANE, R. O; NYE, J. Power and Interdependence: **World Politics in Transition**. Boston: Little Brown, 1977.

KISSINGER, H. **World order: reflections on the character of nations and the course of the history**. New York: Penguin Press, 2014.

LAKE, D. A. Relational authority and legitimacy in international relations. **American Behavioral Scientist**, [s. l.], v. 53, n. 3, 2009.

LEVITSKY, S.; ZIBLATT, D. **Como as democracias morrem**. Rio de Janeiro: Zahar, 2018.

MEAD, W. R. **Uma orientação especial: a política externa norte-americana e sua influência no mundo**. Rio de Janeiro: Biblioteca do Exército, 2006.



MEARSHEIMER, J. J. Can China rise peacefully? **The National Interest**, [Washington, DC], Oct. 25, 2015. Disponível em: <https://nationalinterest.org/commentary/can-china-rise-peacefully>. Acesso em: 10 out. 2021.

MOÏSI, D. **A geopolítica das emoções**: como as culturas do Ocidente, do Oriente Médio e da Ásia estão remodelando o mundo. Rio de Janeiro: Elsevier; Campus, 2009.

MORGENTHAU, H. J. **A política entre as nações**: a luta pelo poder e pela paz. Brasília, DF: Ed. UnB; São Paulo: Imprensa Oficial do Estado de São Paulo, 2003.

SIPRI. Armament and disarmament/Arms and military expenditure. **Military expenditure**. Solna, Sweden: Stockholm International Peace Research Institute, 2021. Disponível em: <https://www.sipri.org/research/armament-and-disarmament/arms-and-military-expenditure/military-expenditure>. Acesso em: 8 out. 2021.

STUENKEL, O. **O mundo pós-ocidental**: potências emergentes e a nova ordem global. Rio de Janeiro: Zahar, 2018.

UNITED STATES. The White House. **Remarks by President Biden in address to a Joint Session of Congress**. Washington, DC: The White House, Apr. 28, 2021. Disponível em: <https://www.whitehouse.gov/briefing-room/speeches-remarks/2021/04/29/remarks-by-president-biden-in-address-to-a-joint-session-of-congress/>. Acesso em: 12 dez. 2022.

WALT, S. The world might want China's rules: Washington shouldn't assume its values are more attractive to others than Beijing's. **Foreign Policy Magazine**, Washington, DC, May 4, 2021. Disponível em: <https://foreignpolicy.com/2021/05/04/the-world-might-want-chinas-rules/>. Acesso em: 10 out. 2021

